

# Las mil mejores poesías de la lengua española

GABRIEL Y GALÁN

## La pedrada

## I

Quando pasa el Nazareno  
de la túnica morada,  
con la frente ensangrentada,  
la mirada del Dios buenc,  
y la soga al cuello echada,  
el pecado me tortura,  
las entrañas se me anegan  
en torrentes de amargura,  
y las lágrimas me ciegan,  
y me hiere la ternura . . .

Yo he nacido en esos llanos  
de la estepa castellana,  
cuando había unos cristianos  
que vivían como hermanos  
en república cristiana.

Me enseñaron a rezar,  
enseñáronme a sentir  
y me enseñaron a amar;  
y como amar es sufrir,  
también aprendí a llorar.

Cuando esta fecha caía  
sobre los pobres lugares,  
la vida se cntristecía,  
cerrábanse los hogares  
y el pobre templo se abría.

Y detrás del Nazareno  
de la frente coronada,  
por aquel de espaldas lleno  
campo dulce, campo ameno  
de la aldea sosegada,

los clamores escuchand  
de dolientes Misereres,  
iban los hombres rezando,  
sollozando las mujeres  
y los niños observando . . .

¡Oh, qué dulce, qué sereno  
caminaba el Nazareno  
por el campo solitario,  
de verdura menos lleno  
que de abrojos el Calvario!

¡Cuán suave, cuán paciente  
caminaba y cuán doliente  
con la cruz al hombro echada,  
el dolor sobre la frente  
y el amor en la mirada!

Y los hombres, abstraídos  
en hileras extendidos,  
iban todos encapados,  
con hachones encendidos  
y semblantes apagados.

Y enlutadas, apiñadas,  
doloridas, angustiadas,  
enjugando en las mantillas  
las pupilas empañadas  
y las húmedas mejillas,  
viejecitas y doncellas,  
de la imagen por las huellas  
santo llanto iban vertiendo . . .  
¡como aquellas, como aquellas  
que a Jesús iban siguiendo!

Y los niños, admirados,  
silenciosos, apenados,  
presintiendo vagamente  
dramas hondos no alcanzados  
por el vuelo de la mente,  
caminábamos sombríos  
junto al dulce Nazareno,  
maldiciendo a los judíos,  
«que eran Judas y unos tios  
que mataron al Dios bueno!»

## II

¡Cuántas veces he llorado  
recordando la grandeza  
de aquel hecho inusitado  
que una sublime nobleza  
inspiró a un pecho honrado!

La procesión se movía  
con honda calma doliente.  
¡Qué triste el sol se ponía!  
¡Cómo lloraba la gente!  
¡Cómo Jesús se astigia! . . .  
¡Qué voces tan plañideras  
el Miserere cantaban!  
¡Qué luces, que no alumbraban,  
tras las verdes vidrieras  
de los faroles brillaban!

Y aquel sayón inhumano  
que al dulce Jesús seguía  
con el látigo en la mano,  
¡qué feroz: caru tenía!,  
¡qué corazón tan villano!

¡La escena a un tigre ablandara,  
Iba a caer el Cordero,  
y aquel negro monstruo fiero  
jiba a cruzarle la cara  
con el látigo de acero! . . .

Mas un travieso aldeano,  
una precoz criatura  
de corazón noble y sano  
y alma tan grande y tan pura  
como el cielo castellano,  
rapazuelo generoso  
que al mirarla, silencioso,  
sintió la trágica escena,  
que le dejó el alma llena  
de hondo rencor doloroso,  
se sublimó de repente,  
se separó de la gente,  
cogió un guijarro redondo,  
miróle al sayón de frente  
con ojos de odio muy hondo;  
paróse ante la escultura,  
apretó la dentadura,  
aseguróse en los pies,  
midió con tino la altura,  
tendió el brazo de través;  
zumbó el proyectil terrible,  
sonó un golpe indefinible,  
y del infame sayón  
cayó brotando la horrible  
cabezota de cartón.

Los fieles, alborotados  
por el terrible suceso,  
cercaron al niño airados,  
preguntándote admirados:  
«¿Por qué, por qué has hecho  
[eso? . . .]

Y él contestaba agresivo,  
con voz de aquellas que llegan  
de un alma justa a lo vivo:  
—«¡Porque sí; porque le pegan  
sin hacer ningún motivo!»

## III

Hoy, que con los hombres voy,  
viendo a Jesús padecer,  
interrogándome estoy:  
¡Somos los hombres de hoy  
aquellos niños de ayer?